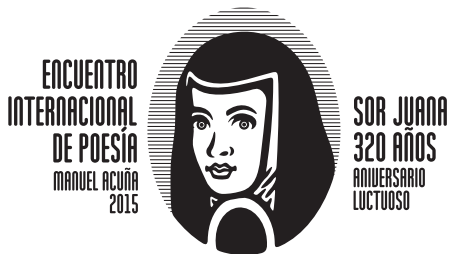


**LA MEJOR FORMA
DE USAR UN RIFLE**
SELECCIÓN PERSONAL

Mercedes Luna

LA MEJOR FORMA DE USAR UN RIFLE



© Mercedes Luna

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza

© Secretaría de Cultura de Coahuila

EDICIÓN: Ruth Castro

DISEÑO: Estefanía Nicté Estrada

CORRECCIÓN: Alejandro Beltrán

ISBN: 978 · 607 · 9376 · 21 · 5

Saltillo, 2015

Cuando niña veía a mi madre en su oficina.
Sus labios rojos, su perfil finísimo limpio de maquillaje.
Su cabello oscuro y brillante. Rodeada de papeles en orden.
Anotando. En calma. Olvidándose de todos.
Este libro a su belleza, lo que ella es.



Fue en el verano del 2002 cuando llamaron poema a lo que acababa de leer en voz alta. Sucedió en el primer taller de creación literaria al que asistí. El taller me dejó cierta marca. Identifico entonces los talleres rigurosos, los que hacen honor a su nombre. En ellos renace un entendimiento: crueldad civilizada y generosidad ancestral. Ahora, imparto uno.

Los poemas y textos que aparecen en este libro están diseminados en antologías, publicaciones y revistas de España, Marruecos, México, o en sitios de internet. Los dispuse en el siguiente orden: *no tengo algo que pueda llamar mío* (2002); *te mueres porque quieres*, que siguió modificándose hasta ser publicado. *Gracias por llamar a mi cuerpo for english don't press anything*, *llegadas internacionales*, *los hombros no se sinceran con golpes de alcohol* y *no hablemos del vómito de los gatos*, a lo largo de los años. *Todos tenemos cabeza de pato en este país* y *No es mezclilla*, fueron escritos para distintos proyectos entrañables entre México y España. *Registros de la ciudad* y *La mejor forma de usar un rifle* —llevado al teatro en Valencia, España— premiados con el segundo lugar y *Tarde de fútbol* recibió mención honorífica, los tres, en el Concurso Juegos Florales Manuel Acuña. El último texto, *Fernando: Yo soy Carlota La Emperatriz del Hielo*, surge este año para un libro especial que Tierra Adentro-Conaculta publica como homenaje a Fernando del Paso.

Antes de hacer esta selección, corría sobre una banda en el último piso de un gimnasio. Frente a mí los cristales y la ciudad: del otro extremo de la avenida un hombre sobre el techo de ¿su casa? observaba el vuelo de un helicóptero. Sujetaba una ¿taza de café? No sabemos quién nos observa, no pensamos cómo será su respiración, su vestimenta frente a la ventana. Acaso se detiene en nosotros por casualidad, por obsesión, por estética. Pienso: ¿escribo desde el techo o selecciono los textos desde mi habitación? Responder parece una cuestión de contrastes. Apenas saco la cabeza del trabajo, la introduzco en una grieta flotante: dentro está la silla, la mesa y a cada cambio de poema o texto, la duda.

Leerán entonces una especie de radiografía. Muestra esguinces, impactos y algunos huesos firmes. Concluyo, este libro fue posible gracias a una mujer que me observó desde su habitación y, por alguna razón, decidió buscarme. Lanzó un grito de calle a techo, invitándome a publicar. Olvidé a los helicópteros, bajé y, aquí estoy:

MERCEDES LUNA
Julio, 2015

PRIMERA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

tratamos de ser buenos vecinos .
en un closet de casa cuando
era niña . debajo de vestidos .
ocultamos su rifle

**NO TENGO ALGO
QUE PUEDA LLAMAR MÍO**

la cama puede habituarse a alguien más
la piel es mapa donde norte y sur extravía
al abrir los ojos se escapan abandonan
la boca con los sabores se vuelve paso de expedición

los dos seres que salieron de este cuerpo
son cortinas que cubren el divino sol blanco

no tengo nada mío
las caricias
se gestan cumplen su destino

las oraciones emigran a la arena del desierto
distracción del calor el viento las ropas son
el deseo rojo polen se dispersa
la sangre que pasea por los andenes de este cuerpo
serpiente crecida que se busca

la casa
el auto
los amigos
tú
incluso yo
nada es mío

pronto soy del aire que gobierna
complaciente lo terso y áspero de los pulmones
de los cantos que el sol dedica a los rincones
orgánicos oscuros
soy de los caminos que descubre la luna
entre la vigilia y el sueño

no tengo algo que pueda llamar mío
es lo justo

TE MUERES PORQUE QUIERES

te mueres igual que las líneas blancas de autopista bajo las llantas
del tráiler

que el gusano en las pesadillas de la mariposa negra

te mueres igual que la música en la casa del ahorcado
que el mercurio en los dedos de la niña

que la muerte súbita en el músculo del futbolista
igual que el clavo detrás del cuadro de *francis bacon*
que la carta bajo el colchón que uso para saltar

tú así mueres lo sé

porque así he muerto yo

de miedo

porque quiero

con todo el escándalo en la cara

al pasar la luz roja

TARDE DE FÚTBOL

A José Eugenio Sánchez

tira un autogol en la cancha de lujo del municipio
frente a su novia
sobre el pasto súper verde y bien podado
con los tachones oscuros regalo de un partido

tira un autogol
frente a la cuadrilla de limpieza que brinca
avienta sus escobas y cachuchas

tira un autogol
pita el árbitro lo besan los contrarios
lo empujan sus compañeros
lo patean la afición

banderines en el suelo
botellas frituras
sobre bilis sobre orines y cigarros

quiero más grita grita un pordiosero
que deambula
entre la poca afición tumbada
borracha de tropezones

SEGUNDA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

guardo bajo las escaleras .
en una tina de plástico
monedas sin valor . olvidadas
por mi padre

REGISTROS DE LA CIUDAD

Para MHF, en otro tiempo, que es hoy.

I

tu enorme boca
se abre entre murallas da el paso

aquí
dentro
sobre venas abiertas nos embarcamos

los únicos tambores
son desvencijados autos
botellas vacías montones de tierra

aquí
decir *grito solitario* ante tu abismo
no lo llena no nos llena

un alado ser de rojo polvo
lanza llantas encendidas a tu profundidad
 sacude despacio sus alas
y con su mirar de ladrillo observa mi marcha

II

mujer henchida parchada
tu silencio sostiene la niebla

acordona al forastero
quien cava un día tras otro sobre ti
para sembrar su cuerpo

tu silencio no duda toma las semillas de sus ojos
y apisona la tierra alrededor del pecho

III

una criatura acerada
sienta su imagen de horno vacío

con un punto cardinal oscuro dentro de la boca
me mira se conduele

tú soplas el polvo de sus pies
para que su origen lo llame
y se aleje de ti

mas no se va

IV

los reclutas caminamos cerca de tu abismo
para contemplar lo hondo de tu deseo
sentir cómo se mueven cabellos ropas

 aspiramos tu aroma
escribimos sobre ti

somos magma que busca ser y termina
en una alta figura gris sobra la llanura

lo sabe tu risa de niña
hace eco en tu abismo
mueve el cauce de tus venas
su temblor
resquebrajando la tierra bajo nuestras pisadas
nos recuerda lo artificiosa que eres

V

abierta desde siempre por tu ojo herido

te beben fantasmas de remonta

los mismos que en el reposo cristalino

sostuvieron tu mano de piedras inocentes

los mismos que hicieron sentir agujas coloridas

de disimulo

ese ojo tuyo derramado

se multiplica en ciegas órbitas

cubiertas de quebrado pavimento

de catedrales que se caen

de plástico que purifica

de pasos sin hora

VI

entrecierras la mirada
al escuchar libros incendiándose
con negras mariposas dentro
 intentando nombrarte

aguzas tu oído
cuando dedos inmensos
tatuados de mayo
 y la paz que no recuerdas
 desde hace tiempo
atizan los restos caracoles encendidos

VII

los que desean encontrar pilares

hechos de espadas emergiendo de ti

los que están enfermos de una escarchada fiebre

que no los abandona

los que tienen apuntes metálicos

incrustados en su carne

permanecen

y esperas a otros

a los que caen como gotas

dentro de tus oquedades

con sueños que despiertan

en el insomnio de todos

VIII

somos un balbuceo insondable constante
suficiente para erigir muros nebulosos
y ser contemplados

muros que se derrumban
lentamente
sin pesar ante ti
e iniciar cada vez

*estas letras viajan sobre ruedas
cargarán tu diario de agua
y sus secretos*

IX

pagamos a tu abismo la cuota
por convertir tu cabellera oscura
 en híbridos rizos de ópalo y plomo
por trepar y rasgar tus tierras de sable

tomas lo que te pertenece
 por eso tomas todo

yo festejo sentándome entre tus heridos

este paraíso desentonado no expira
 no tiene inicio

X

me acerco miro lo que tú
 tus cuencas abrazan
 dentro de ellas las mías

este desvarío
será continuado por otros
en el cimientto de sus uñas

como yo tallando sus dientes te nombrarán :

mujer abierta
de mirar blanco sin iris
que ilumina y nunca cierra
a nosotros quienes vagamos entre tus muertos
cálmanos
arrúllanos
sonríe por favor

LA MEJOR FORMA DE USAR UN RIFLE

I

lo tenías entre tus manos papá
sosteniéndolo encima
de tus piernas muertas
sobre la silla de ruedas

hubo un exceso de algo moviéndose
en tus ojos cuando rozabas el gatillo

un exceso de inmovilidad en el aire

un rifle apuntando hacia mamá
directo hacia nosotros
nudo de carne sobre la cama

hubo un exceso de grito-llanto
de abrazos de mi madre
de sudores que quemaban
los cabellos

vi tu rifle
a través de abrazos
escuché

de tu boca
grave música quebrada
luego
el silencio

2

hoy
el mundo no se ha acabado
los rifles y pistolas automáticas
cada vez son
más hermosas

he visto distintas armas
y la música fragmentada que producen
créeme
es garantía de perfección
como tus brazos

y el mundo no se ha acabado
los niños seguirán
acurrucándose con su madre
o seguirán jugando con pistolas de agua
o brincarán una cuerda
o correrán como corceles
sobre bicicletas en algún campo imaginario

los brazos de las madres seguirán siendo
barrotes blancos y brillantes a lado de escaleras

los padres
seguirán cargando rifles
recostados sobre la cama
silbando una canción

3

el mundo no se ha acabado
los niños construirán otra vez
un cuartel bajo tierra
y cargarán de semillas redondas
sus rifles hechos con globos

seguirán raspando las maderas
de las sillas las bancas
o sembrando sus oídos en las bardas
en el piso
para escuchar una música lejana de tren

las niñas seguirán vendiendo tomates
y chiles de casa en casa
y saldrán huyendo como balas asustadas
de algún perro
y seguirán cantando

en primera y segunda voz
con sus manos entrelazadas
melodías frente a su padre
para que las ame

sí papá
las mujeres seguirán buscando
un candado que se abra de noche
una mano suave que no haya tocado un arma

4

el mundo no se ha acabado

en las banquetas
de los centros comerciales
como las pendientes de tu casa
escucharé en cada llanta
la música de las tuyas
recordando que te gustan
los autos viejos inservibles
de un color asombrosamente
desgastado y verde

y niños y niñas seguirán
bajo la lluvia
en la esquina de una cuadra

sumergiendo sus cabellos en agua y tierra
 en esa música de diminutos oleajes
flotando como barcos de papel
y al regresar a casa
soñarán con perros negros
que se asoman por sus ventanas
mientras duermen

el mundo no se ha acabado
yo seguiré contemplando en el desierto
el cactus de color verde amarillo

 como tus ojos
deseándolo en los míos
y pensaré en el poder de la serpiente
 rifle veloz y frío
y volveré a recordar
aquella rata negra y grande de monte
que una noche cuando niña
me mordió rabiosamente
un zapato

5

y habrá niños que despierten con galletas
y leche sobre la mesa

y habrá niños que se levantarán al amanecer
sobre una tierra aplanada con olor a café y aceite
y correrán a la escuela cargando
en sus mochilas rifles de madera
y hablarán de bichos y niñas
y jugarán
con el hambre olvidado en alguna
pelota de fútbol

las niñas seguirán
siendo princesas de la escuela
o plebeyas que cantan
y cuidan la siembra

de lechugas y calabazas de traspatio
o serán eternamente
las reinas descalzas de todos los inviernos

y seguiré pensando
con la sonrisa desafortunada de siempre
con el dolor saludable de siempre
mientras cargo un rifle
por qué una bala de oro
no se ha alojado en mi corazón

y diré otra vez
el mundo no se ha acabado

seguiré acariciando
las medallas que ganaste papá
tus trofeos
recordando
la música olvidada en tu silla de ruedas
atravesando la meta
tus largas caminatas sobre muletas
 rifles altísimos de acero
cuando movías con fuerza tus piernas
firmes y secas

me recordarás papá
lo que debo ser

6

y los pequeños
seguirán escondiendo
a sus cachorros entre las sábanas
vendando la cabeza
a gatos amarillos
 sobrevivientes de guerras
o llorando sobre su perro blanco
 con manchas inmóviles
 patas todavía suaves y puras
hipnotizado por un balazo

y el mundo no se nos ha acabado

tú como siempre papá
de vez en cuando
llamarás por teléfono
besarás mis cicatrices
con tu voz de diamante
al cantar mejor que Sinatra
una canción en mi cumpleaños

yo
desde el otro lado de la línea
recordaré cuando sostenías aquel rifle
y viajaré en el tiempo

brincaré desde aquella arrinconada cama
desde aquel nudo de carne asustado
tomaré suavemente tu arma
la pondré de lado
te ayudaré a levantarte

y caminarás
y caminaremos

y te daré mi otra mejilla
para que la beses
y te diré acercando tu cara a la mía

con mis manos de cinco años
con mis manos de treinta años
vamos papá
te ayudaré a cazar
tomemos tu rifle
y cientos
cientos
miles
de balas

TERCERA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

fotografías no tomadas .
cuando alimenté un águila
de ala rota
su recuperación . su vuelo

GRACIAS POR LLAMAR A MI CUERPO

for english don't press anything

le informo que mi número
telefónico no ha cambiado
con lada inestable

por favor no cuelgue

si conoce el verso
al que desea llamar
dígitelo ahora
o bien presione 0
y será atendido
por una de mis alucinaciones

para información acerca
de horarios para el desastre
no marque nada

para decir lo siento
marque 3
este verso no lo digitan
con frecuencia
memoricelo
lo siento corresponde a la tecla 3

para maletas cerradas
puertas que se abren
intempestivamente
y aviones que despegan
marque 4

para el departamento
de comunicación marque 5
por lo regular este verso falla
no desista marque 5
escríbalo c i n c o

para clichés marque 6
se activa fácilmente
manténgase alejado

para analizar sus insomnios
marque 7
lo escucharé detenidamente

para golpes bajos
espere en la línea

para conocer un secreto marque 8
entienda que secreto y dolor
son lo mismo
esté consciente

laberinto general

marque 9

para escuchar nuevamente este menú

marque el símbolo de número

o bien no cuelgue

o bien cuelgue

no importa

usted ha marcado mi número

ahora se ha convertido en el suyo

estoy en su menú de inicio

marco

5

3

5

si no me contesta

espere atento

tengo línea para lo imposible

donde los números

cambian

si usted pregunta

responderé sí

si no entendió las instrucciones
por favor
no lo intente de nuevo
la operadora
no lo atenderá

LLEGADAS INTERNACIONALES

los hombres revisan sus bolsillos
evaden ese agujero pequeño e inapropiado
cerca de la ingle

o doblan su cartera de piel
adornada con signos famosos
vulgares

todos aseguran
tener a la mano su identificación
de comportamiento único y animal
para volar

LOS HOMBROS NO SE SINCERAN

con golpes de alcohol

ruedan

eficientemente

dentro del elevador descompuesto de la cama

intuyen que no habrá muslos enérgicos

arrancando en la pista

no a las apariciones apariciones fantásticas

sólo aquella camisa hecha de caballos

abriéndose y pateando todo

muy dentro de tus ojos

NO HABLEMOS DEL VÓMITO DE LOS GATOS

las banquetas están llenas de lodo
y los caminos soportan sus encajes

para hablar de otra cosa es necesario
volver de nuevo a las deudas y las dudas
a ese lado de la postura incorrecta
volver a la pregunta

la pregunta con la boca abierta
exhalando
es un nadador

no hablemos del vómito de los gatos
mientras dos niñas duermen en un sueño seco
alguna dentro de un carro viejo
otra cayendo de una montaña
arrastrando su espalda sobre piedras y tierra
ambas se preguntan si eso es soñar o no

hablemos del hombre
de aquel que escribe
cómo su cabeza se inclina de cierta forma
imperceptible para él
sobre el teclado

su cuello y sus arrugas caen
cerca de las manos

aparece la *espalda de la maldad*

camina erguida sobre tacones

camina con piernas abiertas

procura cerrarlas

no lo logra

no sabe cómo

no hablemos del vómito de los gatos

si quien escribe

mete los dedos dentro del océano del lodo

lo agita como a las moscas

y una taza amarilla avergonzada de no ser copa

avergonzada de no ser botella de vino

lo mira

CUARTA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

no . evito . el . hielo

TODOS TENEMOS CABEZA DE PATO EN ESTE PAÍS

Anudamos sobre el cuello emplumado corbatas de seda al amanecer y, al hacerlo, afuera el sol observa el avance de las tropas mexicanas.

La cabeza de pato mexicano, café grisácea, tiene el pico color olivo con dos orificios, se abre para comer moscas o graznar a deshoras en las orillas de lagos. La cabeza ostenta una línea de plumas finas y negras en la cima. Son tan pequeñas que pocas veces se utilizan para rellenar almohadas o edredones, un desperdicio. Llenas de grasa, las plumas apartan la lluvia. La cabeza no suele ir al fondo de ningún lago, asoma para ver su interior, se hunde practicando el buceo libre sin aventurarse al fondo jamás. Al salir, de sus mejillas escurren gotas como lágrimas. Resbalan tan fácil que no dejan rastro. La cabeza es una guía para las alas durante el vuelo. Impulsada por ellas se eleva sobre el agua y busca el cielo, sostiene el vuelo negando la gravedad, luego, la cabeza gira levemente para caer en una picada extraordinaria. La caída, siempre la caída, la efectúa limpiamente. La cabeza tiene utilidad como alimento, en la taxonomía sí.

Los cazadores llevan al ave a donde le vacían de vísceras, donde le sumergen en sustancias y rellenan para que resista miradas exigentes al

exhibirlo. Y exclamarán “Oh sí, esta cabeza de pato tiene los ojos brillantes como si estuviera vivo”. “Mira su pico, sus alas abiertas. Pónganlo allá”.

Nuestros ojos de pato —lunares ámbares— hipnotizados, siguen el camino rural en espera de un *bus* majestuoso. Sólo llantas de la marina silencian el polvo y aplastan las piedras hasta hacerlas estallar. Y buscamos rutas seguras, los mejores blindajes, juncos corredizos. Y decimos también: “No, no hay miedo aquí”, a la vez que abrochamos chalecos antibalas alrededor de nuestro tórax gordo, olorosos a cigarro y droga.

Hay cabezas de pato, tiasas, inexpresivas, se creen iluminadas. O lucen hermosas reposando sobre una mesa de madera donde el alcohol extiende sus cuellos. Cabeza de pato en los noticieros matutinos, en estos tiempos de carne desprendida. Cabeza de pato muerto la intimidad flotando en las editoriales, tibia, con el cuello roto. No sabemos si llorar o no. Pero vamos, nos dicen “no exageren, no hay razón”. Todo sirve, todo se comercializa. Las cabezas de pato: intimidades enviadas a la *Sagrada Web* o a imprenta. Nadie las enterrará, quedarán expuestas, olorosas a tinta sobre las manos de personajes que por lo regular sonrían, las necesitan para construirse. Y los discursos en los estrados transforman a las palabras en cabeza de pato, en blanco perfecto sobre puentes. Las arrojan atadas. Durante el vuelo, reciben balas como si de reflectores se tratara.

Nuestros amados, con cargos o sin ellos. Nuestros hermanos, con placas o sin ellas. Nuestros niños, con armas o sin ellas. Nosotros. Los

devotos. Los políticos. No lo notamos: todos tenemos a alguien apuntando a nuestra cabeza.

¿Acaso no te llega el aroma de lirios y cieno?

NO ES MEZCLILLA

La casa donde vivo es antigua. Sus ruidos son como el resuello de una matrona que sorprende a quienes no la conocen. Vivimos mis hijas y yo. Tres mujeres que ya están tropezándose en la entrada y salida de la ducha, donde ellas se cubren el cuerpo. Cuando las miro hacerlo pienso en que no oculto mi desnudez. Yo veía a mi madre en el baño o en su habitación, desnuda. Me impresionaba fuertemente, mas ella se vestía con tal naturalidad y cepillaba su cabello brillantísimo que creía olvidarme de mí.

Somos tres mujeres quienes de pronto cocinan a la vez y cuando comen juntas ríen de una forma absurda acompañadas por *Molly*, su mascota.

Por las tardes mis hijas se tumban en los sillones, respiran suavemente como el aire con polvo de magnesia que escapaba de mis manos al tomar las barras asimétricas en mi juventud, y al final, ajustaba mis zapatillas anhelando ser bióloga marina.

Nuestra mascota suele bajar las escaleras de madera, acercarse a la chimenea o mirar por la ventana. Su pelaje desgarrado y rubio duerme con mis hijas. En una ocasión, una de ellas estuvo ausente por un tiempo y *Molly*, al escuchar el nombre de mi hija en mi voz, levantaba sus orejas, corría hacia la puerta o la buscaba, gimiendo.

En la planta alta hay ropa interior por todas partes, blusas, collares, cosméticos, cremas. Pero lo que hay sobre todo, son libros. No es que sean muchos, es que están en cualquier parte de la casa.

Cuando mis hijas salen, pocas veces llamo a su celular para preguntarles si han visto mis llaves. Acaricio el tono de su voz mientras el llavero descansa en mi mano. Esto lo digo porque un día oscuro, uno en que sentí no las volvería a ver jamás, entraron a mi habitación con un regalo, una ballena hecha de retazos de sus pantalones de mezclilla, una cría pequeña. Tiene ojos del siglo XV: un par de botones dorados de mi abuela, regalo de mi madre. Ellas lo saben todo.

FERNANDO: YO SOY MARÍA CARLOTA,
EMPERATRIZ DEL HIELO

Yo soy María Carlota Amalia Victoria Clementina Leopoldina, Emperatriz de México. Yo soy quien, a escondidas, come hielo.

La Señora Kuchacsevich le dice a mi madre que con él enfría el agua para limpiar mi rostro en las noche de insomnio y, Matilde Doblinger, mi camarera, cómo refresca mi cuello por las tardes. Son piadosas, Maximiliano, ayudan a ocultarlo. Si no, los médicos o mis hermanos, me lo quitarían. Pensar en él produce un vacío parecido al hambre: salivo. El hielo me tranquiliza, cada día aumento las cantidades. Adormece las mejillas con el frío parecido a un beso descuidado, ayuda a tener mi boca helada mas nunca el pecho. Ellas, guardan mi secreto. Se conforman con una gargantilla de diamantes o con vestidos de seda que les muestro sobre mi cama por las mañanas cuando el sol ilumina la habitación. Parecen hijas mías, levantando las telas, las joyas, probándoselas mientras yo hundo mis manos en la bandeja de plata rebotante de hielo troceado y lleno mi boca con él.

Si tú sintieras sus pedazos, Maximiliano, su voz seca al multiplicarse entre mis dientes y sus dedos delgadísimos que le nacen. Ágilmente trazan en mis encías pequeñas heridas. Así pruebo el sabor de mi sangre. Mi sangre ilustre, con títulos y medallas y tierras y honores y nombres y apellidos largos e imposibles de recordar por los mexicanos. Mi sangre, la que tú querías.

Yo soy María Carlota Amalia Augusta Victoria Clementina Leopoldina de Sajonia Coburgo y Orleans Borbón Dos Sicilias y de Habsburgo Lorena, y digo que un hielo fino flota y cubre todos los días la costa de Miramar, ese mar que contemplábamos, Maximiliano. Yo soy la Emperatriz del Hielo. Yo soy quien decreta que dentro de mi boca, la carne se rinda como el calamar ante el cuchillo, blanda. Separándose de mis colmillos, cediendo ante el hielo. El hielo es como el cristal en que bebimos los mejores vinos en México. El hielo en mi garganta, como vidrio fino de balcones roto por caídas al abismo de cientos de obispos diabólicos de este tiempo y de los futuros.

Saco a gritos a mi madre, a mis hermanos, a mi cuñada de la habitación, Maximiliano. Espero a estar sola, para meter mis manos a la bandeja y tomo uno o dos o tres y los introduzco en mi boca y los trozos caen en mi garganta como piedras heladas y deliciosas de arroyos mansos y cristalinos de los volcanes de México.

Con el filo del hielo puedo cortar las manos que izaron la bandera equivocada en el barco Eugenia que me trajo a París. Porque mi bandera, nuestra bandera de México, debe ondear en París, en el mundo, donde sea que se pronuncie tu nombre. Y todavía, Maximiliano, el sonido de su aleteo en el mástil que veló mi sueño, me despierta por las noches y bajo escondida, arrastrándome por los pisos, pegada a las paredes a buscar más hielo.

Yo soy Carlota Amalia, Princesa de Bélgica, Lorena y Hungría, Archiduquesa de Austria, Condesa de Habsburgo, Virreina consorte del LombardoVéneto y Emperatriz de México. Yo soy tu esposa y hay un

hombre que nos sueña, Maximiliano, también lo saben las kikapú que amanecen suspendidas en nuestra ventana. Y cuando tengo los ojos de hielo y duermo, yo soy la que lo sueño y veo y escucho: Él detesta a los demonios de la iglesia, ha escrito un libro donde la condena y ha escrito otro libro donde habla también de todas las mujeres que tuviste, y habla de mí. Y me duele y no quiero soñarlo porque dice que estás muerto y por eso siento que tengo el corazón de pañuelos blancos empapados en tu sangre hechos nudo. Y callo su voz con el hielo que me tranquiliza como animal ártico en las noches que despierto y no te encuentro. Y cuando tengo los ojos de hielo y duermo, sueño con él, Maximiliano. Sé que después de escribir el libro contra la iglesia se encerró en su casa como yo en mi camarote de regreso a Europa. Él es liberal, Maximiliano. Rojo como yo. Él nos sueña en mis sueños y escribe sobre nosotros como poseído por agua salada que se desliza en su pluma de centellas azules y rayos cayendo sobre un océano de guirnaldas y diamantes y de brazos suaves y blancos tuyos multiplicados. Lo veo cuando tengo mis ojos de hielo: viste colores amarillos, púrpuras y cristales negros cubren sus ojos. Lo veo, Maximiliano, su cabello es blanco, como la sal. Y estamos tendidos tú y yo en una mesa de plata, con su dedo mueve mis cabellos, acomoda mi corona, te toma los brazos y los deja caer, y abre tus ojos y sólo encuentra cavidades sombrías. Nos examina sobre su mesa como insectos dormidos. Lo sueño con mis ojos de hielo que son tuyos y sé que él nos sueña en nuestro país que ahora tiene hielo en las venas, por tanto dolor y tanto olvido.

Él dice que has muerto Maximiliano, que yo me quedé sola en Miramar. No te conoce, no desobedecerías nuestro deseo. No estoy sola

porque llegarás para causarme placer al verte y dolor porque siempre, siempre estás abriendo y cerrando tu recámara contigo dentro. Yo sé que estás ahora mismo en Cuernavaca, de regreso a Miravalle y yo soy la Emperatriz de México, la Reina del Frío, por eso mi madre llena nuestra amada habitación frente al mar, Maximiliano, con pedazos de hielo. Llegan los barcos de Norteamérica cargados con bloques de Boston y los sirvientes ya saben lo que tienen que hacer: traerlo hasta mí. Sea verano o invierno. Y vuelo al hielo, lo muerdo hasta arderme la lengua como si comiera pimentón sobre mi muñeca. Si pudieras ver los barcos que traen a nuestras costas los bloques de hielo. Unos gringos los comercian, ¿recuerdas? Se están haciendo riquísimos. Ellos, los mismos malditos que obligaron a Napoleón III a retirarnos su apoyo, los mismos que provocaron mi regreso a París para hacerle ver que hacía mal en abandonarnos. He llorado consiguiendo ayuda de todos los que creí nos respetaban. Busqué, Maximiliano, en castillos y en salones y audiencias y, nada. Y traté de hallar consuelo en el Rhin, donde alguna vez mi sonrisa escalaba los días por un beso tuyo: Cuando te inclinaste hacia mí y tus delgados labios presionaron los míos, tú y yo en el barco, en nuestra luna de miel. Tan suave fue que mi encía y mi lengua, inflamadas por el deseo, no sospecharon nunca que seríamos tan desdichados.

¡Ay Maximiliano!

Yo soy Carlota, la Emperatriz de las Palomas, la Emperatriz de las Redes, la Reina de los Caballos que te llevan de regreso a mí por ese largo y cuidado camino lleno de flores mexicanas y europeas que tú llamaste “Paseo de la Emperatriz”. Donde por las tardes te veía regresar. Yo que soy tu esposa, quien recibió informes de todo el país mientras tú

viajabas y soy yo la misma que recibió el sarape de Saltillo y lo sacó de una caja de madera perfumada y fui yo quien te vio por primera vez con él puesto. Deja que te diga algo al oído: en mi sueño, el mismo muchacho que manejaba el carruaje que lo trajo, chocó años después, ya hecho un hombre, en la esquina de Centenario y Castelar en Saltillo: cargaba bloques de hielo envueltos en sal.

Yo soy Carlota y esta noche no hay nadie afuera de los ventanales, sólo el mar. Soy la Reina de las Mejores Cartas Escritas a Eugenia de Montijo. Soy la reina de las cartas que describían mi soledad, la impotencia y la corrupción en México, mi amor por México. Soy yo quien escribió las mejores cartas escritas a una traidora, Maximiliano. Soy la reina de los ejércitos que rompen los bloques de hielo para traerlos hasta Miramar. Si pudieras ver: cuelgan suspendidos en redes de plata en nuestra habitación.

Soy Emperatriz de la Historia Mexicana que dice que tú y yo vamos a gobernar hasta morir de viejos. Soy la Reina de las Carrozas y de los Hospitales, del Cuartel Desolado de Querétaro, soy la Reina de las Palomas, Maximiliano. Soy la Reina de la Sal. Soy, amor mío, quien ponía un poco de ella entre tus sábanas para que tu piel blanquísima y cansada, que no podían tocar mis manos, sintiera sólo un poco mi dolor. Sí, yo soy y yo era Maximiliano, quien apresurada la sacaba de entre mis ropas, y me figura imitando el vuelo de la mariposa ante la fuente: la esperaba como quien acomoda diamantes sobre la mesa. La misma que nos entregaban los comerciantes de Tarécuato, Michoacán. Para que tus codos y rodillas, finamente se rasparan y sintieras el ardor que despierta

de improviso a mis labios por las noches. ¿Has notado que la sal es del mismo color de mi vestido de Emperatriz que luce en un cuadro y que yo quisiera destruir?

Yo soy Carlota, la Reina del Mareo, la Reina de los Médicos, la Emperatriz de los Pilotos que Vuelan de París a México. Yo soy Carlota, Maximiliano, quien reconoce el sonido de los barcos que traen toneladas de hielo del ártico, de las costas de Inglaterra, y escucho el ruido del desembarco. Me ha dicho Matilde que algunos marineros han perdido pedazos de lengua al probarlo, como yo. Que ellos cuentan que en sus viajes han visto ballenas quebrando bloques de hielo y, sientes tristeza, Maximiliano.

Yo soy Carlota Reina de la Música Clásica, de la Música Maya, de los Tapices. Yo soy Carlota Reina de las Tijeras, de los Cuadros Imperiales. Porque yo, Maximiliano, te he visto caminar sobre la nieve, te he visto noche y día, como cada una de tus pestañas arrebata los copos del mismo viento y, he visto, cómo tu barba rubia se escarcha. He visto sacudirte la nieve suavemente del traje de coronel mexicano, ensillar el caballo y perderte en lo blanco de mi vestido de Emperatriz.

Yo soy Carlota, Reina de los Hijos sin Padre, Reina de las Placentas Enterradas en las Raíces de los Nogales de México. Yo soy Emperatriz de las Herencias más Obscenas del Mundo, Maximiliano. Mi corazón te siguió a Cuernavaca y mi corazón, en ese entonces blanco, chupaba del aire mis temores. Nunca me rompiste el corazón, no. Era una paloma ágil y una paloma me ha seguido desde México hasta Miramar, se debió esconder en algún sitio. Fue ella quien al posar sus patitas sobre

el hielo que enfriaban las fresas que comería, me lo mostró: con su pico hizo un agujero en él. Primero intermitente, como dudando y luego con una fuerza tal que parecía un caballo nervioso quebrando con sus patas el hielo. Y así, en pedazos, frente a mí, supe lo que sería descansar, sintiendo el quiebre, el ruido dentro de mi boca de esa música helada, sólo mía.

Maximiliano, Primer Emperador de México, aprendí a imitar el canto de la paloma con los labios más helados que las carrozas en invierno y, al hacerlo, muchos de mis vestidos no resistían una noche sin aparecer manchados de sangre, hechos jirones. Entonces un día, Maximiliano, me tomaron y abrieron mi boca, querían sacar a la paloma, querían ver si la tenía dentro. Decían que los huesos podían herirme la garganta. La abrieron ellos, los doctores. No lograron quitármela. Corrí por el castillo, me escondí en la cocina, fui al cuarto del hielo y al lado de las carnes y jamones y los pescados y frutos de mar, me recosté sobre los bloques de hielo y tomé las tijeras, Maximiliano. Picaba con cuidado y, lo comía.

Te dije acaso, Maximiliano, que en Querétaro, en el mismo estado donde luchaste, donde dicen te fusilaron en su Cerro de las Campanas, y yo sé que no es así, construyeron años después la primera fábrica de hielo en México. No podía ser de otra forma, tu frialdad hacia mí era tan fértil que se quedaron pedazos de ella. La sembraste en esa tierra y dio frutos extraños cubiertos de aserrín.

¿Puedes verlos, Maximiliano? ¿Los buques de Frederic Tudor, el magnate que primero vendía hielo del Lago Walden Pond en Massachusetts y luego de Boston y otros glaciares hacia todo el mundo? Lle-

gan cargados a las costas italianas y los marineros con sus bufandas, tan pronto descargan en el puerto se retiran los guantes apresuradamente para tocar las manos de muchachas, sus cuerpos y vestidos. Él, Maximiliano, debió ser mi hermano. Nunca se rindió. Tenía fe en el hielo. Si él te hubiera conocido, te habría amado porque amaba las empresas imposibles, como yo.

Pero no te perdono el que se llevaran a mi hijo, Maximiliano, era mío. Nuestro hijo. El hijo de México destinado a gobernar. Yo sólo quería arrullarlo, tener impregnado en mis manos su olor todos los días de mi vida, tocar su piel. Como la piel de ajolote bellísimo que te daban como remedio para tus enfermedades. ¿Por qué estaba mal que lo dejara andar desnudo en nuestro palacio? ¿Por qué debía vestirlo si no tenía frío? Me tenía a mí para escuchar sus latidos con mi oído. Sí, es cierto, decía que mis joyas estaban heladas. Por eso me quitaba las gargantillas, los aretes, las herencias familiares. Mis anillos de brillantes. Las pulseras de rubíes. Haría todo lo que me dijera, él, niño mío. No así su corazón porque ese era de su madre. Pero su piel, Maximiliano, me pertenecía y sus dientes pequeños con los que mordisqueaba los postres y dulces que disponía traer para él. Sus mejillas tersas, enmieladas por el sol, sonrientes ante los conejos pequeños que personalmente le llevaba a la habitación. Sería terrible que una criatura tan bella, que un hijo mío y tuyo, no caminara desnudo. Cuando lo tomaba entre mis brazos, te juro que lo tocaba con cuidado, como si fuera un colibrí, pero al final él se resistía e iba a esconderse detrás de las cortinas. Yo, Maximiliano, le dije que no tuviera miedo pero no me creyó. Lo quería arrullar por siempre,

tocar por siempre el delgado cartílago de sus orejitas, esa suave ingre limpia de sol. ¿Por qué me lo quitaron?

Yo soy quien ordena a Matilde y a la Señora Kuchacsevich colocar un bloque de hielo frente al ventanal de mi recámara en Miramar, para que el sol le pegue de lleno. El calor que da su luminosidad me entibia el cabello, la piel. Mi amado Maximiliano, aunque no quieras, la frialdad también refracta y produce más que tibieza. Mi pecho y rostro lo sienten: desnuda sobre un sillón cubierto de seda, levanto los brazos, y a veces me pongo de pie y doy vueltas y vueltas mientras el hielo me ilumina y se derrite sobre pieles.

Me ha dicho Matilde que la Señora Kuchacsevich ha seguido mis órdenes. Fue al puerto. Llegarás por fin. Te presiento si cierro los ojos antes de abrir las puertas de nuestra habitación y el aire frío mueve mis cabellos, Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y de Bohemia, Conde de Habsburgo, Príncipe de Lorena, Emperador de México y de América, mi amor. Llegarás. Es una profecía: te veo con tus rizos, tu traje imperial, la corona entre tus manos, cubierto por majestuosas telas y joyas que refulgen casi nada comparadas con tu mirada eterna, abierta, suspendida dentro de un enorme bloque de hielo, el que la Señora Kuchacsevich fue a recibir al puerto. Yo soy Carlota Amalia, y perfumo con vainilla el castillo Miramar sobre el acantilado mientras llegas. Yo soy la Emperatriz que pidió para ti mariposas y ha ordenado que llenen nuestra habitación con ellas para derretir tu hielo.

PRIMERA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

No tengo algo · 11 · 14 · Tarde de fútbol
que pueda llamar mío

Te mueres porque quieres · 13 ·

SEGUNDA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

Registros de la ciudad · 17 · 27 · La mejor forma de usar un rifle

TERCERA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

Gracias por llamar a mi cuerpo · 39 · 44 · *Los hombros no se sinceran...*

Llegadas internacionales · 43 · 45 · *No hablemos del vómito de los gatos...*

CUARTA ANOTACIÓN
ANTES DEL DISPARO

Todos tenemos cabeza de pato · 49 · 54 · Fernando: yo soy María Carlota,
emperatriz del hielo
No es mezclilla · 52 ·

Impreso en agosto de 2015 por Carmona Impresores.

Tiraje: 1000 ejemplares.